

DE EXCURSIÓN
POR LA GEOGRAFÍA
DE LA LIBERTAD



| Héctor de León

Editorial
Unillanos



DE EXCURSIÓN
POR LA GEOGRAFÍA DE
LA LIBERTAD

Héctor de León

DE EXCURSIÓN POR
LA GEOGRAFÍA DE
LA LIBERTAD

Editorial Unillanos

León, Héctor de

De Excursión por la Geografía de la Libertad / Héctor de León.

Villavicencio: Editorial Unillanos, 2017

p. 92, il. (12 x 17 cm.)

Incluye: Índice

ISBN (978-958-8927-29-9)

1. Libertad. 2. Libertad de Cátedra. 3. Esclavitud

CDD 323.44 ed. 21

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

Primera edición, 2018

De Excursión por la Geografía de la Libertad

ISBN: 978-958-8927-29-9

© **Héctor de León**

© **Universidad de los Llanos**

Coordinación editorial: Ana María Lombana Gracia,

Catalina Ramírez Ajiaco

Diseño de cubierta y diagramación: Natalia Rojas Castro

Corrección de estilo: Julian Acosta Riveros

Editorial Unillanos, 2018

Kilómetro 12 vía Puerto López, vereda Barcelona

Email: editorialunillanos@unillanos.edu.co

<https://editorial.unillanos.edu.co>

Villavicencio, Meta

Impresión

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.

Cra. 69H # 77-40

www.xpress.com.co

Bogotá D.C.

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos. Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio, formato o propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Unillanos.

A Emmanuel, semillita de luz

TABLA DE CONTENIDO

Introducción (9)

Capítulo 1. (25)

La libertad, un constructo complejo

Capítulo 2 (31)

¿Somos libres?

Capítulo 3 (41)

El escurridizo valor de la libertad

Capítulo 4 (55)

Siglo XXI: Un mundo aún de esclavos libres y
amos esclavos

Capítulo 5 (65)

El cristalino manantial de la emancipación
interior

Referencias (83)

Introducción

La idea me tomó por asalto mientras hojeaba un libro Larruinado por el tiempo —un librote que de cuando en cuando me gusta oler antes de abrir porque despide un aroma a madera ahumada que me transporta a episodios inolvidables de mi vida que, paradójicamente, me impiden entregarme a él como corresponde—; y allí, en la página 770, me topé con el siguiente pasaje:

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. (Cervantes, 1969)

Cerré el ejemplar para deleitarme con esta idea. La saboreé, jugué con ella, la pasé de un lado a otro, para darle tiempo al exótico agridulce de que se desliera en mi conciencia, reconociendo aquel don como uno de aquellos asuntos que siempre me habían resultado tan esquivos al entendimiento, pero del que no tenía duda que estaba disfrutando en ese momento. Inmediatamente se elevaron sobre mí una inquietud tras otra como pompas de jabón: ¿soy libre?, ¿qué tanto? ¿Cuánto de lo que soy es obra mía y cuánto de otros agentes internos y externos? ¿Hasta qué punto puedo elegir lo que quiero ser? Bueno, pero ¿y qué es propiamente

la libertad...? Y, ¡oh, sorpresa, que en la medida que me esmeraba por resolver esas incógnitas documentándome en fuentes de diversa índole, surgieron más preguntas!: ¿puede la libertad volverse una carga demasiado pesada, al punto de querer eludirla? ¿Y si me rehúso a ser libre, no estoy siendo libre? ¿Soy libre de no responsabilizarme...?

Estos interrogantes fueron descubriendo poco a poco una criatura teórico-fáctica desproporcionadamente gigante y con muchos tentáculos por considerar, poblada de aristas de órdenes filosófico, sociológico, económico, político, biológico, jurídico, entre muchas otras que, como muñecas rusas sin fondo, iban destapando más y más cuestiones: ¿los determinismos impiden que podamos ser determinadores y autodeterminadores? ¿De cuáles formas de esclavitud estamos hablando? ¿Cuáles son los límites de la libertad? ¿Hasta dónde la libertad de unos debe interferir en la de otros...?

12

Curiosamente, conforme exploraba en este resbaladizo, intrincado y nebuloso territorio, algunos conceptos afines (libertinaje, anarquía, autonomía y demás) tomaban forma y se manifestaban en distintos casos cotidianos que me permitían apreciar cuán errada está dicha noción en la mente de muchas personas, lo que repercute no solo en sus vidas sino en las de quienes le rodean. En la televisión, por ejemplo, escuchaba a un sacerdote exigiendo la libertad de culto frente a un grupo de residentes que reclamaban el derecho a la tranquilidad y se oponían a la invasión del espacio público, es decir, a que se continuara utilizando el parque del barrio para celebrar la misa y a altos decibeles. ¿Cómo decide el juez en situaciones como estas en las que

colisionan dos o más derechos? Luego vi la noticia de un hombre que había asesinado con veintidós puñaladas a su vecino porque este le pidió que le bajara el volumen a su equipo de sonido y a renglón seguido imaginé al viejo Sartre tocando con garbo a la puerta de mi bullicioso vecino: “Señor, buenas noches, disculpe usted, ¿sabía que su libertad termina donde empieza la mía?”. En otra ocasión oí a un docente amparándose en su libertad de cátedra para enseñar lo que consideraba importante, lejos de lo concertado en el plan de estudios, y recordé también a unos estudiantes quejándose de algunos profesores enseñoreados en su materia que deciden llegar o retirarse de clase cuando les place o calificar según su antojo, entre otras “libertades” que algunos colegas se toman, así, sin más ni más; una concepción, sin duda, errada o amañada de lo que es libertad de cátedra. Después me encontré en una asamblea en la que se elegían a los decanos de la universidad: el moderador comenzó dando las pautas de participación, pero en el desarrollo de los discursos varios asistentes protestaron porque no se daba más tiempo para que ellos y los aspirantes se pudieran extender en el uso de la palabra (también en el Congreso y las campañas presidenciales he visto este fenómeno, a algunos hablantes deben bloquearles el micrófono), los ánimos se caldearon, exigieron respeto por su autonomía, algunos se retiraron indignados, sintiéndose muy ofendidos, atropellados. Quizá el clima habría sido otro si las personas disgustadas hubiesen tenido conciencia del papel fundamental que juegan las reglas en el uso de la libertad. ¿Cuántas discordias en el mundo, que han trascendido a escenarios mucho más virulentos e incluso

barbáricos, se habrían evitado de comprender más a fondo este valor?

En fin, me encontraba frente a un valor multivariable y multirreferencial de difícil aprehensión. Pero, aun así, pude ver que se trata de una gran responsabilidad que va más allá de lo individual y lo colectivo, que compromete a la humanidad entera y se extiende a las demás especies de este planeta; una condición que puede convertirse en un tesoro o una desdicha, dependiendo de su comprensión y gestión, de la sensibilidad, el buen juicio y la templanza de que se disponga. Y así continué internándome en ella, saltando obstáculos y enredándome en algunos de sus dilemas, relacionando algunas de sus facetas y matices más característicos, pero nunca pretendiendo abarcarla, siempre consciente de estar recorriendo un bosque discursivo profundo e inextricable que me tenía reservado algunos claros que me posibilitarían tener una idea más aceptable de su significado.

14

Sin embargo, noble caballero, si vuestra merced ensalza la libertad como una gran virtud, pregunté al sabio personaje literario mientras me hallaba relajado en una hamaca rumiando el concepto, ¿por qué a los humanos les cuesta tanto aprovechar las bondades que esta ofrece? ¿No hemos estado acaso, don Quijote, desde que el mundo es mundo, en un cautiverio de apariencia libérrima? Y si tan precioso es este bien —aquí la pregunta subió al tono de reclamo—, ¿por qué se le desfigura, trafica y viola con tanta facilidad y asiduidad? Porque no solo es suficiente con ver los noticieros o simplemente ver alrededor para comprobar la preocupante minusvalía que ha venido padeciendo el precio de la libertad, sino que basta con repasar la historia de

la humanidad para encontrar que está atiborrada de sucesos terribles en los que liberticidas y libertadores se han enfrentado por ella en ríos de sangre; eso, sin contar las batallas oscuras que se han venido librando en silencio.

Así bien, respetable lector, he aquí nuestro frágil e infinitesimal mundo viajando —como señaló ‘Carlitos’, uno de mis héroes intelectuales, a quien llamo cariñosamente así para mis adentros— como “una solitaria mota de polvo en la gran envoltura de la oscuridad cósmica” (Sagan, 1996, p.9). Advirtiéndonos desde las afueras del Sistema Solar, miren:

Es nuestro hogar. Somos nosotros. Sobre él ha transcurrido y transcurre la vida de todas las personas a las que queremos, la gente que conocemos o de la que hemos oído hablar y, en definitiva, de todo aquel que ha existido. En ella conviven nuestra alegría y nuestro sufrimiento, miles de religiones, ideologías y doctrinas económicas, cazadores y forrajeadores, héroes y cobardes, creadores y destructores de civilización, reyes y campesinos, jóvenes parejas de enamorados, madres y padres, esperanzadores infantiles, inventores y exploradores, profesores de ética, políticos corruptos, *superstars*, “líderes supremos”, santos y pecadores de toda la historia de nuestra especie han vivido ahí... sobre una mota de polvo suspendida en un haz de luz solar. (Sagan, 1996, p.8)

...Esperando —continúo yo— a no perecer bajo el yugo de las fuerzas intestinas de sus hijos que se alejan cada vez más de sí mismos y de los demás, y de su Madre Tierra, que ha de estar albergando la esperanza de ser recorrida por una filosofía práxica, no contemplativa; ecoglobal,

no chovinista; naturalista, no consumista; biocompleja, no sobrenatural... Por eso justamente escribo, para liberarme y liberar.

Héctor de León

Villavicencio, 3 de diciembre de 2017

Martes de 1853, el sol abrasador del mediodía presencia una persecución. Molly, una joven de dieciséis años de edad, corre con todas sus fuerzas abriéndose paso entre los cañaduzales y el espanto, una jauría comandada por unos hombres ojizarcos poseídos le pisan los talones; atrás ha dejado a su familia y a sus amigos semidesnudos con las espaldas flageladas, encadenados de seis en seis con grilletes en los pies y los cuellos doblegados por pesados yugos. Al cabo de algunos pantanos, lunas y plantaciones es alcanzada por la fatiga, el estruendo de los arcabuces y los latidos de catorce acezantes fauces. Sujetada contra el fango es encabestrada; se revuelca de ira e indignación; uno de sus captores, tijera en mano, apoya las rodillas sobre su espalda y le arranca un trozo de oreja, mientras otros se ocupan de marcarle una letra R en su mejilla izquierda y una más en la entrepierna con un

hierro oxidado al rojo vivo que le ha gasificado la carne hasta la inconsciencia. Pero ¿por qué ha ocurrido todo esto...? Porque su piel nació oscura, porque así lo justifican unos versículos y porque ella representa una valiosa mercancía.

Una mosca sobrevuela la habitación. Luego de muchas vueltas y zumbidos decide posarse sobre la nariz de Jhon. Allí se frota las patas, acicala su abdomen y degusta humores melancónicos durante un minuto en algunos de los poros del tabique. Un minuto que parecen horas para Jhon que solo puede mover los ojos y las cejas para comunicarse con sus familiares y los pocos amigos que le quedan: padece de esclerosis lateral amiotrófica, una enfermedad degenerativa incurable e insufrible que terminó inmovilizando sus planes futuros y su musculatura — incluyendo el debilitamiento de los músculos espiratorios, que le habrían podido ayudar a despedir al peludo visitante—. Qué irónico resulta para este escuálido hombre de 33 años de edad, atrapado en su propio cuerpo, ver aquel minúsculo insecto moviéndose a su antojo y a sus anchas, mientras él aguarda impotente a que su madre le gire un poco, lo

asee, lo alimente y... le permita morir: sus pupilas llevan más de veinticuatro largos meses moviéndose de un lado para el otro suplicando a gritos mudos la eutanasia, pero la Constitución de su país lo prohíbe y la familia teme que se condene en el infierno: su vida no le pertenece.

Las asimetrías sociales, económicas, políticas y militares del país se profundizan; la nación convulsiona, se polariza a sangre y fuego, y las individualidades desaparecen en una muchedumbre sentimentalmente homogénea que arrasa todo a su paso. En lo alto retumba un golpe de Estado, Mobutu se apresura a ocupar el mullido sillón presidencial y observa maravillado cómo su bolígrafo y su voz son ahora capaces de todo. ¡Ah...! Lo narcotiza el poder, la pleitesía, los lujos y el dinero. ¡Quiere más! Busca entonces perpetuarse en la presidencia centralizando el poder: para ello se proyecta como salvador, como un líder revolucionario que encarna los ideales del pueblo; concede privilegios, recurre al asistencialismo, encandila a sus seguidores, promete, engaña, manipula, impone, desafía, reprime, desfalca al erario, controla los poderes judicial y legislativo, maquilla las crisis del país, se regodea en la impunidad,

inventa conspiraciones para avivar el nacionalismo, se enfrasca en rencores, restringe los medios, amordaza y desaparece opositores; emplea el mismo discurso, habla de derechos, soberanía, democracia, paz y justicia, blande la Constitución; se contradice, comete más y más disparates, pierde contacto con la realidad; compra voluntades, se hace reelegir... Mobutu y el pueblo están atrapados.

Capítulo 1

La libertad, un constructo complejo

¿Qué tienen en común las anteriores historias? Privación, lucha, dolor, voluntad, esperanza, imposición, rendición, humillación, entrega, obediencia, alienación, dependencia, prohibición, anhelo, clamor, deseo: dominadores y dominados... Una relación de fuerzas que se ha venido repitiendo una y otra vez desde que el mundo es mundo.

Pero más allá de estas similitudes, hay en los relatos de Molly, Jhon y Mobutu un valor, estado, condición, necesidad o constante en el que confluyen sus vidas con suma conexión, patetismo y afinidad. He aquí a la *libertad*, profunda, misteriosa, sublime, anhelada, sentible, evocadora, esquiva, tergiversada, ensalzada, manoseada, atropellada y batallada, que, al ser definida, puede mostrarse clara o ambivalente, relativa o absoluta, divina o terrenal, conveniente o desfavorable, intrínseca o extrínseca, metafísica o empírica. Total, de gran importancia para todo ser vivo, y que fijaremos inicialmente como aquella “Facultad del hombre para elegir su propia línea de conducta, de la que, por tanto, es responsable” (Moliner, 2007)... No se puede evitar que muchas inquietudes nos tomen de inmediato por asalto: ¿está condicionada la facultad de elegir? ¿Nuestra conducta es producto de lo que deseamos y pensamos ser? ¿Respondemos siempre por nuestros actos? Luego, ¿los captores de Molly fueron responsables de sus comportamientos? ¿Soy acaso libre de no responsabilizarme? ¿Qué tanto influyó el racismo imperante de aquella época en

la psiquis y el obrar de los esclavistas? ¿Se les puede justificar? ¿Habría sido ella completamente libre de haber sido soltada? ¿Qué tan libre fue Jhon? ¿El Estado y sus familiares eran libres de restringir su derecho a morir? ¿Hasta dónde la libertad de unos debe interferir en la de otros? ¿No estaba siendo Jhon responsable —estando lúcido— de tomar la decisión de no querer continuar viviendo en circunstancias tan difíciles que le impedían tener la facultad de llevar las riendas de su existencia? ¿Mobutu y el pueblo eran libres o sus resoluciones estaban condicionadas por factores políticos, económicos, emocionales y culturales? ¿Cada una de las personas que se sublevaron contra el Estado (y que reeligieron después a Mobutu) eran libres o actuaban bajo alguna presión psicológica, moral, política o biológica? Si decido vivir bajo la sumisión o el control de otro, ¿no soy libre? ¿Deben ir de la mano el deber, el derecho y la racionalidad para que haya libertad? ¿No son libres los chiflados exultantes y los alienados satisfechos?

¿Se trata [la libertad] de una experiencia idéntica, cualquiera que sea el tipo de cultura a la cual una persona pertenece, o se trata de algo que varía de acuerdo con el grado de individualismo alcanzado en una sociedad dada? ¿Cuáles son los factores económicos y sociales que llevan a luchar por la libertad?

¿Puede la libertad volverse una carga demasiado pesada para el hombre, al punto que trate de eludirla? ¿El sometimiento se dará siempre con respecto a una autoridad exterior, o existe también en relación con autoridades que se han internalizado, tales como el deber, o la conciencia, o con respecto a la coerción ejercida por íntimos impulsos, o frente a autoridades anónimas, como la opinión pública? ¿Qué es lo que origina en el hombre un insaciable apetito de poder? ¿Es el impulso de su

energía vital o es alguna debilidad fundamental y la incapacidad de experimentar la vida de una manera espontánea y amable? (Fromm, 2008, p.38)

¿Cuántos Mobutus y pueblos, Mollys y Jhones, y rodeadores, habrá en estos momentos (en mayor o menor grado) confinados en el poder, el prejuicio y las creencias? Así bien, estamos frente a un asunto que ofrece una inmensa e intrincada gama de posibilidades, enfoques y situaciones que generan dudas acerca de su naturaleza y de su realidad.

Considérese válido, entonces, para intentar salir de esta brumosa y accidentada selva de perspectivas, comenzar a plantearse qué depende y qué no de nosotros, pues es evidente que la facultad de elegir tiene límites, empezando por reconocer que la corporeidad, en toda la extensión de la palabra, está sujeta a muchas circunstancias, tanto internas como externas.

No tenemos escapatoria, por el simple hecho de estar constituidos de materia: las leyes de la naturaleza predefinen y delimitan los alcances de nuestra independencia y del entorno, pues son condición previa para la existencia del universo. Veamos el siguiente apólogo:

Un discípulo va a ver a su maestro y le pregunta si el hombre es libre. El maestro le dice al discípulo que se ponga de pie y levante uno de sus pies del suelo. El discípulo de pie sobre una pierna —y la otra en el aire— comprende menos que antes; entonces, el maestro le dice que levante del suelo la otra pierna. (Osho, 2011)

Así es, puedo elegir lo que sea, pero no puedo hacer siempre lo que me plazca; de otro modo acabaría cayendo sin remedio